

VENECIA.

VENECIA está situada sobre un monton de islotes bajos y arenosos. Se cree que todo el pais que linda con el golfo Adriático, y tal vez tambien toda la inmensa llanura de la Lombardía, es un terreno de aluvion, cuya formacion se esplica así. Cuando la corriente de un rio se encuentra con lagos ó aguas de mayor anchura y sin fondo de piedra, se forma naturalmente, en el sitio en que las dos fuerzas se neutralizan mutuamente, un cúmulo de arenas, á que se da el nombre de *barra*. Esto es lo que ha sucedido para el suelo de Venecia. Los torrentes que se precipitan de los valles de los Alpes, derraman sus aguas en el Adriático en el sitio mismo en que está edificada esta ciudad. Los despojos de las montañas reducidos á polvo que arrastran consigo las aguas, libres poco á poco de la violencia de las corrientes, han debido necesariamente depositarse y amontonarse en el golfo, donde el mar les ha opuesto una barrera impenetrable. Los continuos vientos del Sudeste por una parte, y por otra el aumento periódico de las corrientes de los Alpes, que tienden sin cesar á abrirse un paso, han convertido despues la barra de las lagunas venecianas en una porcion de montecillos submarinos, cuya gradual elevacion ha formado esa multitud de islotes, que se estienden en línea recta casi al través de la embocadura del golfo. El muelle de arena, á que deben su seguridad el puerto y las lagunas de Venecia, se llama el *Lido-di-Palestrina*, y seria difícil encontrar ensenada mas cómoda ni mas segura.

Los canales mas profundos de las lagunas se han conservado todos, y por consiguiente la ciudad entera se halla cortada en todas direcciones por pasages, que son otros tantos brazos de mar pequeños, guarnecidos de casas suntuosas, ricos palacios y magníficas iglesias. Todas las casas tienen la fachada sobre un canal, y se comunican por detrás con los pasages interiores de la ciudad, que forman calles estrechas, pero enlosadas y cómodas, las cuales cortan las isletas, que se comunican entre sí por medio de multitud de puentes, entre los cuales es notable el llamado de *Rialto*. Aunque jamás se haya oído en estas estrechas calles ni la herradura de un caballo, ni el sonido de una rueda, son muy útiles para el servicio interior y los usos de la vida doméstica.

Venecia es deudora á Paladio de sus mas hermosos edificios, cuyo carácter y estilo difieren de todo cuanto se ve en otras partes. No puede darse nada mas original y pintoresco: las iglesias principalmente merecen llamar la atencion del viagero: todo lo mas atrevido y variado en arquitectura, todo lo mas rico y gracioso que tiene el arte del escultor y del estatuario, todo lo grandioso y poético de la pintura, se reune allí para escitar la sorpresa y admiracion. Aquí, la iglesia de santa María Gloriosa, vulgarmente llamada *de'Frari*, ostentando las grandes obras de Cánova, y los sublimes cuadros del Ticiano: allá, san Sebastian, donde está enterrado Pablo Verones rodeado de sus inmortales obras: mas lejos santa María del Salute, uno de los monumentos mas magestuosos de Venecia: y por último, la catedral de san Marcos con sus cinco puertas de bronce, y sus cúpulas asiáticas que recuerdan á santa Sofía de Constantinopla: encima de su soberbio pórtico, y en el centro de una magnífica galería descubierta, están los cuatro caballos de bronce dorados, atribuidos á Lisipo,

que estuvieron largo tiempo en París sobre el arco de triunfo del Carrousel. Las cúpulas, las bóvedas, las paredes de esta célebre iglesia están cubiertas de mosaicos con fondo de oro, ejecutados por hábiles artistas, venidos espresamente para ello de Grecia en 1071.

Seria nunca acabar querer describir todas las bellezas de Venecia, y Venecia, sin embargo, no es ya la reina del Adriático. ¿Qué se ha hecho, en efecto, aquel activo comercio, perenne manantial de prosperidad y de gloria? ¿Dónde están aquellas victoriosas escuadras que llevaban á Venecia los tesoros del mundo y las grandes obras de las artes? ¿Dónde aquellos ricos patricios, cuyas opulentas moradas brillaban con tanto lujo, y se animaban con el esplendor de tan magníficas funciones? Aquellos suntuosos palacios están hoy tristes é inhabitados, y la mayor parte de ellos amenazan ruina: ya no hay construcciones nuevas en Venecia, ni ningún edificio se repara. Pero si faltan expresiones para describir el original aspecto de esta ciudad, ¿cómo es posible pintar la profunda emocion que producen en el alma entristecida aquellos restos de una grandeza caída, y aquellos raros contrastes de magnificencia y abyección? Para comprender todo lo triste de este espectáculo, es preciso haber contemplado estas venerables tradiciones de la historia veneciana. Aquellos palacios de mármol; aquellas lagunas tranquilas y silenciosas, por donde pasean algunas raras góndolas; aquella Piazza, magnífico teatro de tantos y tan diversos sucesos, donde la bandera austriaca ha reemplazado el glorioso estandarte de san Marcos; aquel palacio ducal, morada de poder y de terror; aquella inmensa escalera de los Gigantes, testigo mudo de la coronacion de los antiguos dux y del suplicio de Marino Faliero; aquel puente fatal de los Suspiros, por el que solo se pasaba una vez; aquellas terribles prisiones, donde han quedado sepultados los nombres de tantas víctimas: y en fin, todos los antiguos recuerdos de Venecia-la-bella, de aquella república tan floreciente y en la actualidad tan humillada; de aquella oligarquía tan altiva y tan tiránica; de aquel consejo de los Diez tan temido; de aquel poder inquisitorial y tenebroso de los Tres, cuyas irrevocables sentencias se ejecutaban tan pronta, tan secreta, y muchas veces tan trágicamente; todo esto da á Venecia un carácter solemne de grandeza, de tristeza y de misterio. Y por conclusion, aquel pueblo tan orgulloso en otro tiempo con sus brillantes conquistas, se le ve ahora circular al rededor de sus pomposas y casi desiertas habitaciones enfermizo, cabizbajo, y diezmado por la miseria y los vicios; porque la decadencia de su gloria ha producido la disolucion de sus costumbres, y Venecia se parece á un viejo gastado, cuya juventud fue brillante, pero que llegado al término de su borrascosa carrera solo deja recuerdos, mas no posteridad. — *R. de C.*

ESTUDIOS DEL CORAZON.

I.

A veinte años, cuando amamos y el amor nos engaña, todo nos falta á la vez: mas tarde tenemos para reemplazarle la ambicion, el deseo de gloria, la vanidad, la ciencia; entonces el amor no es mas que una escena aislada de la

vida; á veinte años el amor es todo; se cura de él, es verdad, pero quedan siempre las cicatrices: el corazon reverdece, pero ya no florece mas.

II.

El amor de ciertas mugeres no se origina frecuentemente mas que de la dificultad de la empresa: es como la muerte, que hiere á los que huyen y nada quiere con los que la buscan.

III.

Un corazon nuevo busca siempre otro ya envejecido por la esperiencia, deseoso de recorrer las sendas de la vida, para él floridas, y que el otro conoce ya. A su vez, el corazon ya gastado y que conoce los peligros y escollos, va siempre en pos de los amores jóvenes con la esperanza de remontar mas fácilmente con ellos la corriente del rio que le arrastra en pos.

IV.

¡Bien hayan los caracteres severos que acusan á los amantes olvidados el no haber previsto el abandono que les amenazaba de cerca! ellos ignoran cuanto es terco y pertináz el amor despreciado, este amor odioso que nos quita la fuerza, el valor y la dignidad, dejándonos tan solo la vergüenza y el desprecio de uno mismo: obstinado y vivo, se aferra como el que se ahoga á las frágiles yerbas del arroyo: como el sentenciado á morir, no quiere creer en su sentencia: su vida es una tempestad continua, el viento le destroza, un rayo de sol le vivifica, una ola le remonta hasta el cielo, y otra le sepulta en el hondo abismo.

V.

No nacemos parecidos, ni existen dos corazones iguales: las almas jóvenes y hermosas no suelen encontrar mas que corazones gastados y feos. Se compara al alma solitaria, con la mitad de una fruta buscando su otra mitad: pero estas dos mitades no se encuentran sino cuando una de ellas se halla ya gastada y carcomida.

VI.

El tiempo nos arrastra tras sí y nos modifica sin conocerlo nosotros: cada edad tiene sus pasiones, sus necesidades, sus deberes: á la naturaleza moral le sucede lo que á la fisica; ambas á dos tienen sus estaciones, de las que poder ninguno es capáz de cambiar el orden inmutable y necesario.

VII.

Nos vengamos siempre con los que nos aman de los que hemos amado....

VIII.

De los amantes que ofrecen la eternidad de sus amores, felices aquellos que despues de haber visto por dos veces florecer los campos y poblarse los árboles, pueden encontrarse reunidos en el pabellon nupcial, conservando ilesas las mismas ilusiones, los mismos trasportes, los mismos sentimientos.

IX.

Parecia natural que entre gentes de talento, de honor y de educacion que se han prestado mutuamente los tesoros de su cariño y de su ternura, debian llevar sus rompimientos el sello de una esquisita elegancia; pero por desgracia no es así. Para que estos lazos se desataran sin romperse, y desatarlos de un modo digno y decente, era preciso una indiferencia mútua. Empero por esta ley fatal que quiere que nos aferremos mas y mas al bien que se nos escapa, todo corazon al separarse de su compañero de viage, no hace sino estrechar mas fuertemente la cadena que los une. La lucha empieza desde luego sorda y en silencio; el sufrimiento se oculta y calla; y las palabras amargas se esconden, como las heces, en el fondo del vaso. Pero muy pronto ruge la tempestad; la paciencia se agota de un lado, y por otro se agria la pasion, las heces suben á los bordes y hierven con vigor perdiendo la calma y la reserva: entonces abdicando todo pudor y toda dignidad se holla lo pasado, se insulta lo presente, se arruina el porvenir. Crúzanse las palabras que hieren, se arrojan á la cara las espresiones que matan. ¿Son acaso dos enemigos dispuestos á destrozarse sin piedad? No: sus labios se han encontrado unidos en un mismo beso de amor; sus ojos han cambiado el mismo rayo de cariño; sus almas se han confundido en una misma pasion; son, en fin, los dos amantes que se habian prometido la víspera envejecer al calor de un mismo amor.

(Se concluirá.)

EL CASTILLO MALDITO.

LEYENDA.

Fray Bernardo que siempre pretendia
 Engañar con astuta hipocresia,
 Y concepto ganar de fervoroso,
 Disfrutó breve rato de reposo,
 Y en la capilla entró medio despierto,
 Poco despues que allí se puso el muerto.
 Vió un fraile en el altar, que estaba fijo
 En actitud irregular, y dijo:
 «¿Qué haceis, hermano mio, en tal postura?
 ¿Vais á decir la misa por ventura?»
 Nadie le respondió, que mudo espanto
 Reinaba en el lugar terrible y santo.
 «Concluid la oracion, hermano mio,
 Yo supliré por vos el ruego pio.»
 Silencio mas profundo todavía....

 Bernardo en su exaltada fantasía
 Mil cosas se forjó, mil tristes males,
 Cosa comun en ocasiones tales:

Creyó que era un ladrón que disfrazado
 Con el sayal en el convento usado,
 Robar los sacros vasos intentaba,
 Y al verse sorprendido, se callaba.
 Cogió pues en su saña desmedida
 Una pila de barro, suspendida
 De la santa pared, con agua poca,
 Para formar la cruz en frente y boca,
 Y tiróla con brio y sin pereza
 Del supuesto ladrón á la cabeza.
 Éste cayó, sin dar ningún gemido,
 Del suelo sobre el mármol rebruñado,
 Y cogiendo la lámpara Bernardo,
 Al bulto se acercó con paso tardo,
 Le iluminó la faz.... — « ¡Cielos! ¿qué veo?
 ¿Quién me pudo inspirar tan mal deseo?
 ¡Es Domingo el prior!... El es por cierto.....
 Frio está.... no respira.... yo le he muerto.
 ¿Por qué no respondió? Tal vez su palma
 Poseía en un éxtasis el alma.
 ¿Y qué será de mí? Ya es conocida
 Nuestra rivalidad toda la vida;
 ¿Y á quién persuadiré de mi inocencia,
 Crimen involuntario, inadvertencia?
 Yo seré sin remedio emparedado;
 Piedad, piedad ¡ó Dios! ¿Soy yo culpado?»

Con el temor de tan atroz destino
 Dióse á reflexionar, y en sí convino,
 Que sería conforme á la prudencia
 Quitar de su delito la presencia:
 Que siendo de Don Pedro tan odiado
 Por su celo y fervor el buen prelado,
 Si al umbral del castillo lo llevaba,
 Mientras de la sospecha se libraba,
 Su daño pernicioso evitaria;
 Pues el vulgo mordáz achacaría
 Al odio del baron muerte tan dura,
 Y él no tendría en vida sepultura.

Carga con el cadáver (que esto elige)
 Y á la caballeriza se dirige;
 A una mula ya vieja lo traspasa,
 La tira del ronzal, sale de casa,
 Al castillo se va, llega, y al punto
 En el umbral descarga su difunto;
 Mas recelando aun su desventura,
 Si llegaba á volver á la clausura,

Cabalgando en su mula tan mezquina
A un pueblo algo distante se encamina.

Entre nubes de oro y grana
El alba pura se vé
Desatando la sonrisa
De sus labios de clavel.

El *Raposo* en vela está,
Pues su infame crimen es
El que aparta dulces sueños
De su calurosa sien.

—«¿Cómo? (dice). Yo que fui
Mas terrible que Luzbel,
Y en sangre teñí mi espada
En mas de combates cien:

Yo que al pozo del infierno
Tantos hombres despaché,
¿Por la muerte de un vil fraile
Tiemblo como un cascabel?

Sin duda que ya los años
Me robaron con desdén
Los brios que en otros tiempos
Formaban mi robustéz.”

Dijo : y para disipar
Las ansias del padecer,
A la caza partir quiso,
Y tomó todo su tren.

Herido como de un rayo
Puso en el umbral los pies,
Pues vió el cuerpo del prior
Y sus hábitos tambien.

Erizóse su cabello,
Hizo un gesto el mas cruel,
Y los duros escalones
Los subió de tres en tres.

Al cuarto de su señor
Muy precipitado fue,
Y le dijo: — «Yo le he visto,
He visto al prior, es él.

No hay duda, señor Don Pedro,
En el umbral le encontré;
Sus ojos despiden llamas,
Sus labios respiran hiel.

Detrás viene y me persigue,
Que me pedirá tal vez
La cuenta de mi delito,
Del pecado que yo sé.”

Don Pedro aunque comprendió
Que el miedo pone al revés
El seso de algunos hombres
Que sueñan lo que no ven,
Sin embargo bajar quiso,
Que es hombre de intrepidez,
Y el cadáver vió del fraile,
Pudiendo dar de ello fe.

Ni el amo, ni su criado,
Vinieron á comprender
Aquel súbito misterio,
De ideas mil al través:

Mas llegan á concluir
Que milagro de Dios fue
En favor del varon santo,
Que era un ángel del eden.

—«Librame, dijo el baron,
Del muerto, y su fetidez,
Que asomando viene el día,
Y si mis vasallos ven
Esos misereros despojos,
Maldecirán mi dintel,
Y homicida me dirán,
Que hay canalla muy soez.”

—«Señor, contestó el *Raposo*,
Una idea tengo : ved
Si aprobais : ¿no habeis comprado
Un indómito corcel?

Disfracemos el cadáver,
Y se lo ataremos bien,
Y allá vayan potro y fraile
Do no piensen en volver.”—

Don Pedro aprobó el dictámen,
Y en menos de un santi amen,
Despojó al padre Domingo
El sayon de Lucifer,

Puso en su cabeza un casco,
Lo vistió de un rico arnés,
Y en su mano ató una lanza
A guisa de arremeter.

Atóle con lazos fuertes
De correas y cordel
Encima del bruto indócil,
Que marchó con rapidéz,

Herido de un latigazo,
Que acabó de embravecer

De sus ansias la inquietud,
De sus furias el tropel.

— Fray Bernardo en su mula cabalgaba,

Y del castillo ya distante estaba,

Cuando vino á turbar su fantasía

Un corcel que á galope le seguía.

Creyó que conocido su atentado,

Era ya perseguido y alcanzado,

Y cercano juzgó su fin postrero

Al ver un paladin, un caballero,

Con su peto bruñido y su celada,

Y la lanza fortísima enristrada.

¿Será tal vez Don Pedro que desea

Vengar su crimen, y su acción tan fea?

El caballo galopa en su camino,

Y levanta de polvo un torbellino,

Como si duras furias le aguijasen,

Y todos sus ijares desgarrasen.

En vano su fatal cabalgadura

Agita fray Bernardo, y apresura,

Pues sin brío y vigor es ya tan vieja,

Que del paso no sale, ni se queja.

Vuelve el fraile la vista..... ¡Dios del cielo!

¿Quién dirá su pavor y desconsuelo,

Al ver á su prior que ya le alcanza,

Que por rosario lleva dura lanza,

Y por santa y humilde vestidura,

Cabalgando en un troton con su armadura?

Turbado ya su sentido,

Turbado á no poder mas,

Ni sabe lo que le pasa,

Ni sabe por donde va.

Juzga ver á San Miguel,

El príncipe celestial;

Juzga ver á los demonios,

Y á su príncipe Satán.

Se mete en un lugarejo,

Y el corcel sigue detrás,

Y si tuerce, también tuerce,

Y parando, ha de parar.

Que son el cuerpo y la sombra,

La nube y la tempestad,

La cuchilla y el verdugo,

El patibulo y dogal.

En tierra cayó por fin

Vencido del duro afán,

Y al verse la lanza encima,

Esclamó con triste faz:

— «Perdon, reverendo padre,

No me deis muerte fatal,

Que el crimen que cometí

No aprobó mi voluntad.

Perdon mil veces, perdon,

Ministro de un Dios de paz,

Que los pechos escudriña

Del bueno, y del criminal.”

Del pueblo los habitantes

Acuden á su gritar,

Y ven al muerto á caballo,

Y al que confesando está
Ser autor del homicidio,
Y del crimen mas audáz;
Y al convento los conducen,
Que alborotan el lugar.

Bernardo en un calabozo
Su atentado espiará,
Y Domingo es venerado
Con fama de santidad.

Mas Don Pedro que no tiene
Ni un momento de soláz,
Pues crudos remordimientos
Su pecho mordiendo van,

Al Raposo dando escape,
Llamó la comunidad,
Y reveló aquel misterio
De trama tan infernal.

Abandonó su castillo,
Y los frailes á la par
Dejaron el monasterio,
Y á Bernardo en libertad.

Desde entonces para siempre
Castillo y convento están
Por la voluntad de Dios
En poder de Satanás.

J. Arolas.

CONSIDERACIONES *

SOBRE LA PROPIEDAD DEL INDIVIDUO, DE LA FAMILIA Y DE LA NACION.

Los mismos brutos poseen ese instinto, si bien carecen de otros para dirigirse y educarse, que hacen al hombre eminentemente social. ¿No defiende el perro el hueso que le echan? ¿No vuelve la cigüeña á la misma torre, la golondrina al mismo techo, despues de una larga ausencia? Si un ave hace la tentativa de tomar posesion del nido de otra, ¿no lo defiende ésta á todo trance? El argumento de la *Gazza Ladra* está fundado en un abuso de ese sentimiento que posee la *urraca*.

Mucho se ha hablado del *derecho al trabajo*. En esta, como en muchas otras espresiones, se deslumbra y envanece al pobre y afligido; pero ni se le consuela ni se le mejora la situacion: se le deja como antes, con hambre y sin pan. El trabajo, así respecto al que lo da como al que lo ejecuta, es un *deber*, no un *derecho*; y los deberes vienen de Dios, no del hombre; del corazon, no de la ley. Las leyes que rigen el trabajo, pues, como las que regulan la circulacion de la sangre, no dependen de la voluntad ó del capricho del hombre, sino de fuerzas, que va la humanidad indirectamente dominando, ó á que debe obediente y humilde someterse. Esto, esto es en lo que debieron haber fijado su atencion los grandes hombres que han proclamado el *derecho al trabajo* como si estuviese en la humanidad concederlo. Veamos.

Supóngase por un momento que nuestro gobierno fundase establecimientos de todas clases de industria en las varias partes del reino, para que el derecho al trabajo fuese una realidad. La industria producida tendria ó que podrirse ó venderse. Si se pudiese, seria una pérdida que ninguna nacion podria soportar mucho tiempo; si se vendiese dentro ó fuera de la nacion, se produciria tal concurrencia con los establecimientos particulares, que sus dueños no podrian trabajar. De aquí resultaria que mientras el gobierno ocuparia artesanos y artistas

* Véase la *Revista* anterior.

por una parte, los particulares los desocuparian por otra; y como la riqueza del gobierno emana de la riqueza individual, agotada ésta, todo seria una completa ruina. El gobierno seria pobre, el amo miserable, y el trabajador iria por puertas muriéndose de hambre.

Hagamos la prueba de otro modo. Supongamos por un momento, lo que es imposible, á saber; que todo el universo se convirtiese en Falansterios ó Icarías. Supongamos mas: que todo marchase segun lo hubiese concebido la imaginacion de Fourier ó Cabet en los raptos de su mayor exaltacion. ¿Qué resultaria? Resultaria que cada treinta años la especie humana se doblaria, y, á la vuelta de cuatro siglos, habria millones de bocas sin pan, por haber querido contrariar la naturaleza; de donde resultarian hambres, pestilencias, guerras y miserias de todas clases, peores mil veces que cuantos males afligen ahora á la humanidad. Y no vale decir, como algunos han sentido, que donde hay mucho amor existe poca procreacion, por lo cual Fourier es algo laxo en materias amativas, porque doquiera haya pan, hay luego sobreabundante poblacion, á fin de que el pan pronto escasee, y el hombre se vea obligado á cumplir constantemente el precepto que Dios le impuso de *trabajar*, y á la muger de *parir*. Necesidad de pan, y tendencias al exceso de poblacion; hé aquí el principio y contraprincipio que la naturaleza ha establecido para perpetuar el progresivo adelanto y mejoramiento humanos. Para nivelar el pan con el hambre, ó sea las necesidades con los medios de satisfacerlas, cumpliendo al propio tiempo la incontrarrestable ley de progresivo adelantamiento, es preciso ilustrar, moralizar y religionizar á las masas. Aquí, aquí está el deber sagrado de los gobiernos, de los ricos, de los sabios, y de los virtuosos. Hay relaciones sociales que deben acatarse, venerarse, y consultarse antes que el hombre pueda dar un paso adelante. La frenología no solo nos enseña filosóficamente estas relaciones, sino tambien su orden ó sea su mayor ó menor actividad. El amor de la libertad personal, de la libertad de familias, de la libertad de sociedades especiales, de la libertad nacional, son instintos inarrancables del corazon humano, instintos que tienen su solaz, ensanche y satisfaccion en las naciones segun las vemos constituidas por la Providencia desde tiempos que se pierden en la noche tenebrosa de pasados siglos. Hay en ellas defectos, hay imperfecciones, hay campo para mejorar, para adelantar; no hay duda: todos lo sabemos, todos lo vociferamos; pero todo esto no es decir sino que el hombre no es un irracional impropresivo, sino un ente racional progresivo.

De lo dicho resulta, que toda tentativa de querer producir y acumular capitales sin acatar los intereses, y hasta cierto punto las preocupaciones ajenas; toda tentativa para entronizar la comunidad, la reciprocidad, ó la sociedad de bienes é instituciones, como único vínculo moral, ó como único medio de hacer á todos los miembros de todas las naciones felices, es tirar coces contra el aguijon, es escupir de cara al viento, es atacar las leyes naturales que Dios defiende con el castigo.

Si queremos ser todos ricos, no es por cierto con la institucion de comunidad, de reciprocidad, ó de sociedad universal de bienes, que debemos alcanzar; sino al contrario, protegiendo gobernantes y gobernados, cada uno segun sus fuerzas, *la propiedad personal*; asegurando á mas la paz política, adelantando las ciencias, produciendo lo mas que se pueda con maquinaria, ó agentes no consumidores, ocupándose con energía y templanza cada miembro de la socie-

dad á producir honrada y desahogadamente mas de lo que consume, y sobre todo y ante todo, no producir poblacion, que segun manifiesta el señor Balmes (Sociedad, tomo I, pág. 312) no se pueda mantener, educar y proporcionarle medios de ser virtuosa, útil y feliz. «Si la poblacion nueva (ha dicho en el lugar citado ese eminente escritor, cuya irreparable pérdida acaba de sufrir España), ha de escasear del alimento necesario, si ha de carecer de los medios para recibir la competente educacion, y por consiguiente, si aumentándose la poblacion, deben aumentarse proporcionalmente la miseria y la inmoralidad, es decir, los males del cuerpo y los del espíritu, entonces mejor será que no haya tal incremento; pues que hombres miserables y malos, mejor fuera que no hubieran nacido; ya atendiendo al bien de la sociedad, ya al de esos mismos infelices. En lo dicho se hallan acordes LA RAZON Y LA RELIGION; pues que á una existencia que no trae sino daño al mismo que la tiene y á los demás, es preferible la no existencia.”

He prescindido en este artículo de los argumentos que están al alcance de todos respecto á la materia á que se contrae. Su objeto principal ha sido demostrar que el principio de poseer algo que el hombre pueda llamar suyo propio ó de su familia, es innato en él; que el dedo de la Providencia se lo ha trazado en su pecho. Por lo demás, todos sabemos que la comunidad de bienes, como institucion social general, seria el sepulcro de la libertad, porque el hombre viviria bajo fórmulas forzadas; de la produccion, porque se quitarian los estímulos al trabajo; del progreso, porque no habria concurrencia; de la justicia, porque la distribucion de los productos sociales seria en proporcion mucho menos exacta que ahora al mérito individual de cada uno. Desengañémonos, mientras que un novador, un visionario, un génio, por grandes, y sublimes, y filantrópicas que sean sus ideas, quiera arreglar la sociedad segun sus inspiraciones y no segun la marcha que indica la naturaleza del hombre, es ponerse en pugna con Dios, es producir trastornos sin fruto alguno. La frenología ha dado un gran paso para ir conociendo mas y mas esa naturaleza, por cuya razon no me cansaré jamás de recomendar su estudio, tanto para evitar muchos ensayos sociales, que al fin no pueden producir sino efectos contrarios á los que de ellos se esperan, cuanto para evitar muchos males y producir muchos bienes generales é individuales por medios verdaderamente tranquilos y pacíficos; por medios, en fin, que proclama así la sana moral como la verdadera religion.

Mariano Cubí y Soler.

UN MISTERIO *.

XII.

La casa.

EL príncipe contuvo su viva emocion y condujo á su esposa hasta el coche que la esperaba, al que subió, en efecto, viendo al través del velo que le cubria la cara, ó mas bien sintiendo, que alguno se sentaba á su lado; mas cuando se

* Véase la página 330.

atrevió á levantárselo, se encontró sola con su antiguo amigo el caballero de San Lorenzo.

—¿Y el príncipe? exclamó con una sorpresa y turbacion que no pudo disimular.

—El príncipe, hija mia, dijo el caballero, no lo debes volver á ver.

—¡No volverlo á ver! exclamó Blanca, queriendo engañarse á sí misma sobre la chocante conducta de su esposo.... ¡pero eso no es posible! ¡no me puede abandonar así!...

—Hija mia, repuso tristemente el caballero, la separacion del príncipe al retirarse del altar era una de las condiciones de tu casamiento. Ojalá, añadió entre dientes, que fuera la única. *En todo hemos convenido*.... no hay mas remedio que cumplirlo.

Blanca bajó la cabeza, y una furtiva lágrima, que brotó de sus párpados, cayó sobre el ramo de flores de azahar, que tenia en la mano, y formó en él una perla, como una gota de rocío en la mañana de un hermoso dia.

Mientras que el caballero reflexionaba en silencio, el coche iba con la mayor velocidad, y ya debia haber recorrido la distancia que mediaba entre la iglesia y la casa de la recién casada, sin que el cocheró pensara en detener los caballos que iban á escape. El caballero, volviendo al fin en sí, sacó la cabeza por la portezuela, observó un momento los sitios, y no conociendo ninguna de las calles que atravesaban:

—¡Este hombre está loco ó borracho! dijo tirando con fuerza del cordon sujeta al brazo del cocheró. No estamos en nuestro barrio.

Ya fuese que el Automedon esperara la brusca sacudida que recibió, ó que su robusto brazo no la sintiera, dió un fuerte latigazo á los caballos sin volver la cabeza, y éstos arrastraron el coche con mayor rapidéz todavía.

—¿Qué significa esto? exclamó furioso el caballero. ¡Vaya un bergante bien impertinente! En mi tiempo se hubiera molido á palos un pillo semejante.... ¿Pero adónde diablos nos lleva? Estamos muy lejos de la calle de Santa Catalina.... ¡La marquesa debe estrañar nuestra ausencia!

Y esta vez tiró con tanta fuerza del cordon, que se le quedó en la mano. Blanca, al oir pronunciar el nombre de su madre, alzó la cabeza, y la idea de la inquietud que debia tener le hizo participar de la emocion del caballero, diciéndole:

—Haced que nos lleven á casa de mi madre, os lo suplico.... no quiero tardar un instante mas en verla.

El caballero bajó violentamente los vidrios delanteros del carruaje, y reconvino al cocheró con tono colérico y amenazador, del que éste, sin duda alguna, no hizo caso, porque volviendo rápidamente la esquina de la calle en que estaban, entró el coche triunfantemente en una gran plaza, y algunos segundos despues paró delante de una hermosa casa, cuyas puertas se abrieron como por encanto á su llegada.

—¡Pero ésta no es nuestra casa! gritaba el caballero, revolviéndose en el coche, y sacando sucesivamente la cabeza por todas las portezuelas; ¡calle de Santa Catalina, miserable!... ¡y estás, á lo menos, dos leguas de ella!

El coche atravesó un patio bastante grande, y paró delante de una hermosa escalinata, en la que estaba esperando el conde Voromsof, y muchos criados. Bajóse el estribo, y acercándose el conde respetuosamente, ofreció el brazo á Blanca para apearse, diciéndole:

—¿Tiene la señora princesa la bondad de permitirme que la entre en su casa?

—¡Mi madre, caballero, mi madre! respondió Blanca, á su lado es adonde quisiera ir.

—La señora marquesa os espera aquí, en su cuarto, repuso Voromsof; hemos cuidado de traerla durante la ceremonia de vuestro casamiento. Y haciendo señas á un lacayo para que abriera una puerta entapizada en el mismo vestíbulo en que estaba con Blanca, entró delante de ella en un hermoso departamento del piso bajo, que caía al jardín.

—S. E., dijo Voromsof, me encargó que comprara esta casa para la señora princesa, y se ha tomado al mismo tiempo la libertad, salva vuestra aprobacion, de distribuir por sí mismo las habitaciones, que se han amueblado segun sus órdenes. Se ha destinado el piso bajo para la señora marquesa, creyendo que la luz suavizada por las espesas ramas de los grandes árboles que circundan esta parte de la casa, seria mas conveniente para sus ojos todavía débiles, cuando se lo gre restituirles la vista.

Esta atencion tan delicada y casi tan filial para con la marquesa sorprendió á Blanca, que no la podia conciliar con la conducta del príncipe con ella. Después de haber atravesado la princesa y el caballero, precedidos por Voromsof, dos piezas amuebladas con suma elegancia, entraron en un cuarto de dormir bastante grande, cuya agradable temperatura indicaba la delicadeza con que se habia dispuesto. Una poblada alfombra cubria el pavimento, la sillería forrada de seda color de gris perla con adornos azules, la colgadura de raso color de granate claro, las ventanas y postigos forrados, las cortinas de la cama dobles, todo ello respiraba una comodidad y un bienestar, que hacia mas completo un ambiente suave y embalsamado por algunas flores raras puestas en vasos del Japon, colocados sobre las mesas. Blanca, al volver á ver á su madre entre todos estos goces tan delicados y bien entendidos, sintió una de las emociones mas dulces de su vida, y se los agradeció en lo íntimo de su alma al que se los habia proporcionado. Hasta el caballero mismo no pudo dejar de exclamar:

—¡Por Dios, que esto es asombroso! parece que estamos en el antiguo cuarto de dormir de la marquesa en su casa de la plaza de Beauvau.

—En él estais, en efecto, repuso el conde Voromsof, con la sonrisa maliciosa y burlona del *padre Daquin*.

—¡Es posible! dijo el caballero: pues no lo he conocido al entrar aquí.

—Es que ha sido preciso variar muchas cosas, replicó el conde: y desde luego todas las que destruyó la revolucion, que no eran pocas. Pero el príncipe, creyendo que le agradaria mucho á esta señora, añadió saludando á Blanca, volver á ser dueña de la casa de sus padres, logró comprarla á costa de grandes sacrificios; y habiendo podido adquirir los inventarios de los antiguos muebles de la casa, se ha conseguido restablecer este cuarto tal como lo conocisteis en otro tiempo.

El caballero, cediendo á un impulso de gratitud por semejante proceder, dió un paso hácia el conde, y le alargó la mano; pero antes de que éste tuviera tiempo para darle la suya, ocurriéndole una triste reflexion, se alejó de pronto del viejo, y se aproximó á la marquesa. El conde se sonrió, y queriendo aprovechar su accion, metió sus dedos en la caja de tabaco, que abria en aquel momento el caballero para disimular.

—Hija mia, dijo la marquesa á Blanca, dejando caer sobre su pecho la linda

cabeza rubia de la nueva esposa; tú haces locuras.... Yo no estoy ya allí, en mi antiguo sillón, lo conozco bien.... este es mucho mas suave, mas blando..... este es otro forro, siguió diciendo, palpando con el tacto tan fino de los ciegos la tela que lo cubría. Estoy segura que te has privado de muchas cosas para que yo esté mejor sentada.... y despues de todo ¿qué significa esta otra habitacion adonde me han traído?... Ya me lo dirás todo cuando te pueda oír.... ¡si es que alguna vez puedo!... añadió con sentimiento, y como rendida por el esfuerzo que acababa de hacer; y en seguida dejó caer la cabeza y se quedó amorrida.

Su hija besó su pelo blanco, y corrió las cortinas de una ventana, por donde entraba un rayo de sol que circundaba el venerable rostro de su madre, como la auréola luminosa de una santa mártir.

— Venid, señora, dijo Voronsóf á la princesa; venid á visitar la casa de vuestros mayores. Nosotros los estrangeros no estamos acostumbrados á vuestras esquisitas delicadezas, pero vuestra gracia francesa corregirá nuestros yerros moscovitas.

Blanca y el caballero siguieron al conde al primer piso, en el cual se encontraba por una espaciosa biblioteca, que servia á un tiempo de sala de conversacion y gabinete de estudio, en la que habia algunos ricos instrumentos de fisica, que parecian aguardar solo la mano de un inteligente para producir sus maravillas.

— ¡Esta es, á fe mia, la misma! dijo el caballero; esta era nuestra sala de trabajo; aquí hacíamos nuestros esperimentos el pobre marqués y yo; ese es nuestro mapa-mundi, sobre el que recordábamos nuestros largos viages marítimos; estas nuestras cartas.... nuestra hermosa brújula.... y sentándose el buen caballero en su antiguo sitio, apoyó la cabeza en sus manos, y se creyó veinte años mas jóven por espacio de algunos segundos.

El conde abrió una puerta, cuyos tableros adornaban preciosas pinturas, y Blanca se halló de repente trasportada á un eden florido, á un magnífico invernáculo, en que las plantas de las mas lejanas regiones parecian hallarse en su suelo y su temperatura. Este invernáculo tenia la forma y apariencia de la calle de un jardín cubierta con una bóveda de flores.

— Esto, dijo el conde, no puedo negar que es de invencion algo moderna, y que el mal gusto ruso ha desnaturalizado la gravedad del estilo francés; pero hemos creído que necesitaba tener una entrada el templo dedicado á la diosa de estos sitios, y le pedimos perdon de nuestra creacion á favor del motivo.

— Caballero, respondió Blanca, yo no estoy acostumbrada á estas magnificencias, y me avergonzaria tanto como se ha hecho para una pobre muchacha tan sencilla como yo, si vos y monseñor no hubieseis tenido la generosa idea de añadir tantos encantos á la poderosa magia de los recuerdos, y reunirlos todos en la morada de mi padre.

Lo que el conde Voronsóf llamaba el templo de la diosa, merecia este ambicioso título, no tanto por su riqueza, como por la esquisita y vaporosa elegancia de aquella deliciosa habitacion. Cubríala toda una colgadura de raso color de rosa, cubierta con muselina trasparente de la India. En el techo estaban pintadas figuras aéreas, medio perdidas entre cerúleas nubes, y cuyo grupo principal, que ocupaba el centro, parecia destacarse en relieve y lanzarse al espacio. Este hermoso grupo sostenia un inmenso globo de alabastro, que derramaba una luz suave, tranquila y misteriosa, en aquella fantástica mansion de los sueños. Al-

gunos preciosos muebles de palo de rosa con medallones de porcelana de Sevres, completaban el adorno de aquella lindísima habitación.

Por un momento se disiparon indudablemente las preocupaciones de la joven doncella al ver aquel nido encantador, en que la pobre paloma debía pasar su vida sin dicha y sin amor. Pero fue estremada su sorpresa cuando empujando Voromsof una puerta falsa oculta detrás de la colgadura, vió Blanca en el retrete mas lindo posible las coronas y ramos de flores artificiales, que ella misma habia armado en el taller de la señora Prudencia para el famoso encargo del *padre Daquin*.

—¡Ah, caballero! le dijo al viejo con angelical sonrisa; no habeis querido que la princesa olvidara á la trabajadora, para estar bien seguro de la gratitud de ambas en el corazon de una misma persona.

La palabra *gratitud* ofendió, sin duda, vivamente al caballero, porque frunció las cejas con marcadas muestras de disgusto: el viejo ruso lo conoció, y se apresuró á rogar á la princesa que lo acompañara al piso segundo. En éste todo era sencillo y severo: una antesala, adornada con varios retratos de familia, daba entrada á un departamento principal, que habitaba en otro tiempo el marqués de Montaran, en el que se habia reproducido religiosamente el antiguo amueblamiento con la mayor minuciosidad.

—¡Los reconozco! ¡los reconozco! exclamó el caballero; Blanca, hija mia, mira aquí la cama de tu padre, su mesa, su antiguo sillón. Pero mira otra cosa mejor, dijo, dando un grito de sorpresa y alegría, su retrato pintado por Dumont, por nuestro célebre Dumont. Y descolgó de encima de la chimenea una bellísima miniatura, que entregó á Blanca.

—Ese medallón, dijo Voromsof, me lo cedió el portero antiguo de esta casa, servidor viejo y fiel, á quien hemos vuelto á colocar en su puesto, y que pudo en otro tiempo salvar el retrato de su amo en una visita domiciliaria que hicieron en ella.

Tantas atenciones, tan afectuosas delicadezas desvanecieron al fin las últimas prevenciones de la princesa contra el que le acababa de dar su nombre, y no hallando palabras con que espresar lo que sentia, tomó la mano del viejo, y la estrechó en las suyas con afectuosa espresion de gratitud.

T. por D. R. de C.
(Se continuará.)

REVISTA SEMANAL.

TEATRO. A la total escasez de buenas comedias nuevas que poner en escena, ha venido á agregarse la repentina enfermedad del señor Palma, aumentando los conflictos de la empresa, y destruyendo el plan de representaciones líricas que tenia formado. En lugar de la hermosa y popular ópera *La Muta di Portici*, se ha puesto en escena *I Puritani*, de Bellini, encargándose el señor Font de la parte del tenor: decir que ha brillado en ella seria un desatino, tanto porque su calidad de segundo tenor y principiante no se lo permiten, cuanto porque la parte de *Arturo*, aunque corta, es una de las mas difíciles é importan-

tes que se han escrito; pero asegurar que atendida su clase y sueldo ha hecho y ejecutado aun mas de lo que podia esperarse, lo creemos de rigurosa justicia. En los carteles de anuncio se acogió á la benevolencia del público, pero el público no tuvo la dignacion de ser benévolo hasta la segunda representacion. El señor Gironella cantó perfectamente su cavattina, en la que fue aplaudido, así como la señora Cattinari en la polaca. El duo de bajos salió mal; y el conjunto de la ópera, si bien mejor ensayado que en años anteriores, no satisfizo tanto á la generalidad.

Para beneficio de la señora Valero se ha puesto en escena la comedia en cuatro actos *El Celoso y la tonta*, y la picecita titulada *Herir por los mismos filos*. *El Celoso y la tonta* es una comedia tonta, de autor anónimo, pero que trasciende á mil leguas á la relajada época literaria que medió entre la buena comedia antigua y el teatro moderno; época que tan á su sabor criticó Moratin en sus escritos inmortales. A pesar de sus inverosimilitudes y disparates la sostuvo su argumento gracioso á veces, y sobre todo la inimitable ejecución de la beneficiada y del señor del Rio. El teatro estuvo lleno como en todos los beneficios de la señora Valero, porque el pueblo de Valencia en la generalidad no concurre al teatro en todas las buenas representaciones que se le ofrecen, sino en todas las buenas ó malas que se ejecuten en determinados dias; y así como el dia de San Vicente no lo arrancaria Rubini de los bultos de San Estéban ó de los *milacres* del Mercado, bastarian dos sainetes el segundo dia de Pascua ó Carnaval, ó á beneficio de la Valero ó del Rio, para que atropellara los porteros del coliseo.

Mucho se ha hablado en la última semana de empresas y formaciones para el año próximo, y como es natural, han corrido versiones inexactas, y que nosotros enterados á fondo del asunto vamos á rectificar, determinando clara y fijamente los hechos.

Sabida es de todo el mundo la junta magna celebrada en el salon de la diputacion provincial, y en el cual el señor gefe político, animado de un vivo y laudable celo por el brillo de la capital, escitó á los concurrentes para que formasen una sociedad ó empresa que continuase con el teatro en el próximo año cómico de 1849 á 1850. Sabido es tambien que á pesar del buen deseo que animaba á la mayoría no pudo acordarse nada definitivo por efecto de las dificultades que ofrece siempre la multitud para ponerse de acuerdo en cualquier asunto, y sobre todo en el teatral, en que hay tantos gustos y pareceres como personas, y tantas capacidades é inteligencias como aficionados. Así el negocio, y á los dos dias de la susodicha reunion, conferenciaron un corto número de los actuales accionistas con el señor gefe político y alcalde constitucional comprometiéndose aquellos á llevar adelante el teatro, siempre que se reunieran doscientos cincuenta abonados de año, bajo el mismo precio y condiciones que marca la actual tarifa, y se rebajase parte de la gravosísima contribucion de aguas potables. Oficióse en consecuencia por el señor alcalde á los señores abonados actuales y á otra multitud de personas que no lo eran, y en honor sea dicho de todos, muy pocos dejaron de contestar afirmativamente, si bien apurado el número reunido dió la suma total de unos ciento noventa, contando cuatro abonos por cada palco principal. Este déficit de sesenta mil reales en el presupuesto formado por los accionistas, no para no perder, sino para perder menos, era demasiado exorbitante para acometer un negocio de tan escaso provecho como insegura honra, y así se lo manifestaron á la celosa autoridad local. Infatigable ésta, sin embargo, para el logro de su propósito y sostenimiento del santo Hospital escitó nuevamente á los señores accionistas que atropellando por toda consideracion mercantil ofrecieron definitivamente tomar el teatro con el abono que se habia reunido, y asegurar al santo Hospital toda su renta íntegra, siempre que se les eximiese del pago de los ocho maravedís por entrada para las aguas potables, á fin de que las pérdidas no fuesen tan escesivas. Consultada sobre este asunto la autoridad superior política, no se creyó facultada para eximir al teatro de este gravámen, y los accionistas á quienes un exceso de amor

al santo Hospital y al lustre de esta ciudad habia lanzado en el asunto, se retiraron nueva y definitivamente dejando el campo libre á otros mas aficionados ó especuladores.

Hé aquí la historia de este asunto de fatal desenlace para los aficionados, toda vez que la nueva sociedad pensaba tener en el año próximo, y en épocas determinadas, compañías de verso, baile y ópera; toda vez que animados del mismo espíritu que los señores que se habian comprometido á abonarse, aseguraban su renta actual al santo Hospital, y toda vez que el nombre de los señores accionistas comprometidos era la mejor garantía del público y de sus compromisos.

Ahora, acaso, algun especulador particular se haga cargo de la empresa, pero siempre será en perjuicio de la renta del Hospital, pues nadie se atreverá á satisfacerla íntegra en union con la contribucion de aguas; y ni podrá conservarse el abono reunido, ni las compañías ser tan buenas y escogidas como las hubieran presentado los señores accionistas, aun cuando no fuera mas que por el deber que les habia impuesto la noble y delicada deferencia con que se habian comprometido los señores abonados, fiados solamente en los nombres respetables que componian la nueva sociedad.

PUBLICACIONES LITERARIAS.—Entre el inmenso número de escritos periódicos que muestran el estado de nuestra literatura contemporánea, merece en nuestro humilde concepto el lugar preferente el *Semanario pintoresco español*, que tan hábilmente dirige el distinguido escritor D. Angel Fernandez de los Rios. El objeto de esta obra semanal es popularizar los estudios útiles y amenos de las ciencias, las letras y las artes, y servir de modesta y cómoda biblioteca donde las familias puedan adquirir á poca costa una suma de conocimientos interesantes y de grata instruccion.

El plan de esta amena publicacion se comprenderá enumerando las materias, que turnan constantemente en el periódico, el cual puede circular sin riesgo entre la juventud por la circunspeccion con que son tratadas. Descripcion de nuestros antiguos monumentos, ilustrada con copias exactas y amenizada con las leyendas ó tradiciones que á ellos vayan unidas; Episodios dramáticos de la historia nacional y estrangera, adornados con retratos y escenas; Biografías de hombres célebres, acompañados de retratos exactos; Cuadros festivos de las costumbres contemporáneas, de los usos populares de las provincias, con grabados de escenas y trages; Serie de caricaturas, titulada *Peligros de Madrid*; Artículos de literatura, cuentos, novelas cortas, ingeniosas y de grato entretenimiento, con láminas; Poesías escogidas; Crítica artística y literaria, variedades, modas, figurines y geroglíficos.

Tal es el pensamiento y sistema de esta publicacion, cuyo desempeño en la parte literaria está encomendado, como consta al público, á literatos bien conocidos, y cuyos dibujos y grabados son obra de los artistas mas acreditados de España. Unos ó otros están en el caso de poder ofrecer trabajos propios y originales, imprimiendo á la obra un carácter de nacionalidad, que en vano se buscará en ninguna otra de su género.

La modicidad de su precio (36 rs. al año en Madrid, y 48 en provincias) le ponen al alcance de todas las fortunas, regalando, además, al que se suscriba por todo el año un *Album biográfico* con los retratos y biografías de todas las celebridades de nuestra época. Séanos, pues, permitido felicitar cordialmente á su entendido director, por su inteligente celo en poner el *Semanario pintoresco* al nivel de cuantas publicaciones de este género existen en el extranjero.

L. M. Y R.